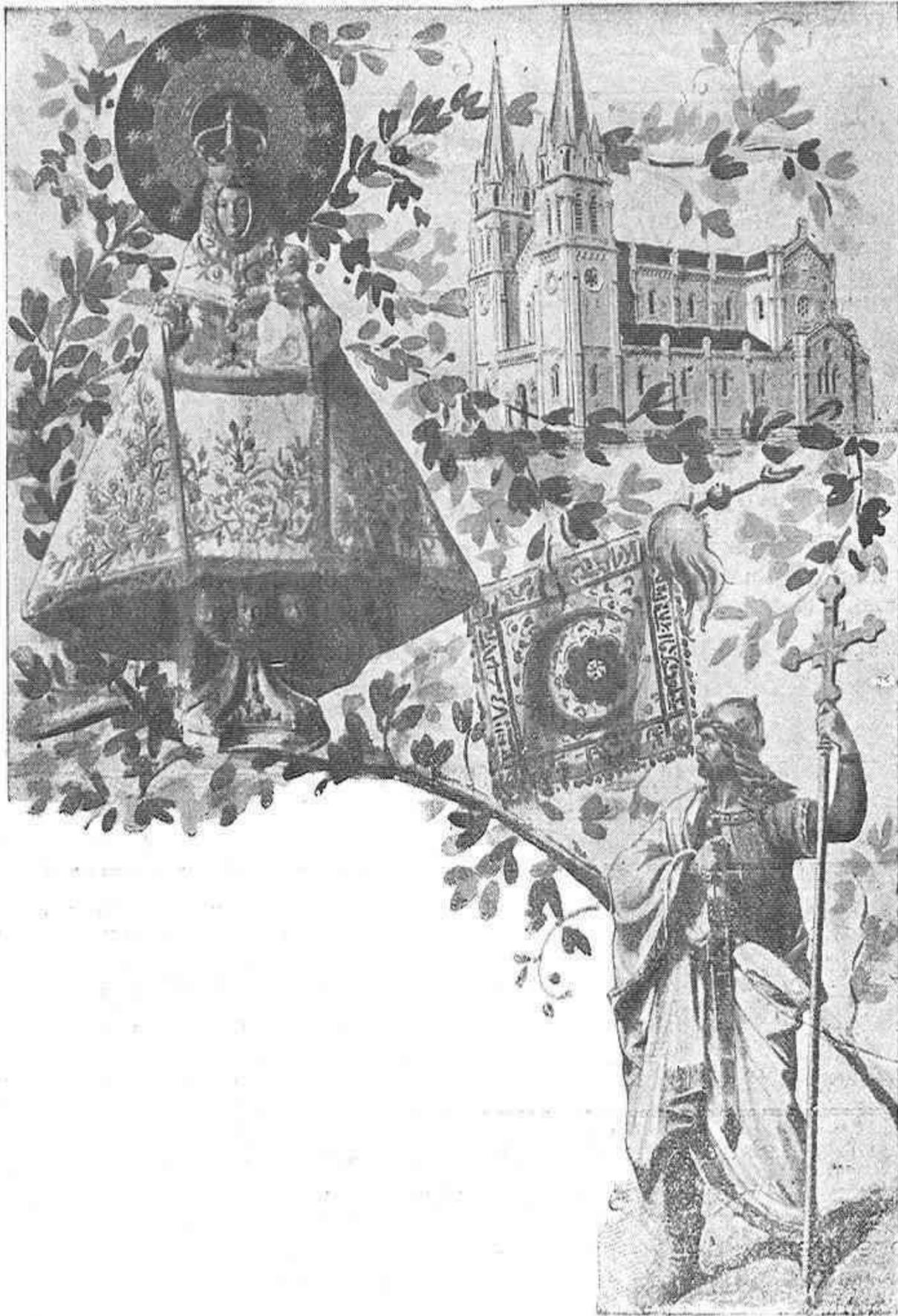


PÁGINAS ESCOLARES

SETIEMBRE DE 1923 AÑO XX.—NÚM. 36



Día 8 de Setiembre
NUESTRA SEÑORA DE COVADONGA

QUINTÍN RUIZ DE GAUNA - VITORIA

Velas de cera para el Culto

Calidades Litúrgicas garantizadas

MARCAS REGISTRADAS

MÁXIMA necesaria para las DOS VELAS de la Santa Misa y para el Cirio Pascual.

NOTÁBILI para las demás velas de cera del Altar.

FABRICADAS según interpretación AUTÉNTICA del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 14 de Diciembre de 1904.

RESULTADO completamente nuevo y tan perfecto, que arden y se consumen, desde el principio hasta el fin, con la misma igualdad y limpieza que las más excelentes bujías esteáricas.

ENVÍOS a ULTRAMAR

«» «» «»

CHOCOLATES **GAUNA** CLASES ESPECIALES

ENVÍOS A TODAS PARTES

ÚNICA CASA ORRICO

GRAN FABRICA DE

Orfebrería Religiosa en metales finos y bronce

— EXPOSICIÓN PERMANENTE —

Variado surtido en Custodias, Cálices, Copones, Coronas, Frontales, Templetes, Sagrarios, Incensarios, Ciriales, Andas, Atriles, Balaustradas, Candeleros, Lámparas, Arañas, etc.

Especialidad en Cincelados y restauración de objetos antiguos.

Se remiten dibujos y catálogos a quien lo solicite.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Despacho: 14, Zaragoza, 14, principal. — Frente al Bazar Giner y arriba Librería Sucesores de Martí

Fábrica: San Pedro Pascual^o 1.

VALENCIA (España).

“LAS CAMELIAS”

TEJIDOS :-: SASTRERIA

Toda persona de buen gusto encontrará las más ALTAS NOVEDADES en

PAÑERÍA Y LANERÍA

Casa predilecta porque constantemente recibe todos los artículos de ULTIMA MODA para señora y caballero.

— MAESTRO CORTADOR de PRIMER ORDEN —

— San Bernardo y Jovellanos — Teléfono núm. 843. — GIJON —

Páginas Escolares

REVISTA DE LOS ANTIGUOS Y ACTUALES ALUMNOS DEL COLEGIO DE LA INMACULADA

Año XX.—2.^a Época.—Núm. 36.—Setiembre 1923

Suscripción 6 ptas. anuales.—Núm. suelto 0,50.—Con licencia eclesiástica.—Gijón, Apartado, 32

UNA EXCURSIÓN EUCARÍSTICA A SOMIÓ

El día 3 d agosto, primer viernes tuvimos los colegiales residentes en Gijón una excursión eucarística a Somió. Se repartieron los días anteriores 58 papeletas de excursión y la fiesta prometía ser concurrida. En efecto el día señalado a las 8 de la mañana a pesar de que el cielo estaba encapotado y empezaba a llover se veía un nucleo respetable en la plaza de San Miguel, esperando el tranvía que llenamos por completo.

A las 8 y media estábamos, según palabra entrando por la puerta de la capilla, y después del rezo de las oraciones comenzó la misa, que tuvo la bondad de decirnos el Illmo. Sr. Obispo, que por entonces pasaba unos días de descanso en su quinta de Somió. Le ayudaron los señores Hermenegildo y Florentino, que lo hicieron maravillosamente, a pesar de ser la primera vez que lo hacían.

La capilla muy arreglada y los bancos no eran suficientes para tantos colegiales que pasaban de 60; y llegó el tiempo de la comunión y la recibimos de mano del Illmo. Señor Obispo, y allí pedimos de veras al Señor al mismo tiempo que la gracia de las comuniones de primer viernes, la de que nos conservara por mucho tiempo a nuestro amadísimo prelado.

Y acabó la función religiosa, y salimos, y como ya era muy entrada la mañana teníamos un apetito más que regular, y nos disponíamos a despachar sin trabajo las provisiones que prometían ser abundantes; pero hete aquí que el borrico no parecía, se había ido por otra parte, y sin más esperar se tocó a desbandada general; era la mejor manera de hallar lo que buscábamos, como de hecho lo encontró el Sr. Cancio; allí estaba el burro con sus provisiones intactas y su dueño, junto a una fuente esperando.

Algo más de la mitad de los excursionistas tuvimos el buen acuerdo de dirigirnos al colegio, a donde llegamos al mismo tiempo que el encargado del desayuno, y entrados en el comedor se repartió el repuesto, y todos tocamos a doble ración. Después de todo, no se puede negar que salimos ganando.

En satisfacción por el percance indicado, se ha procurado para el día 31 de agosto, preparar una excursión eucarística a Villaviciosa, en un auto lujosísimo, a precio notablemente reducido, que no cubrirán los billetes de los excursionistas la tarifa total; en cambio pasarán una mañana, según esperamos deliciosa, saludarán a sus compañeros de colegio que per allí veranean, y visitarán con placer todo lo que la noble villa, país clásico de la sidra asturiana, tiene digno de atención.

El Cronista.



Los bachilleres ejercitantes de Celorio.



Desde las Misiones

Del P. González Olmedo

Ingshan 30 de junio 1923.

Tiene Ud. después de tanto silencio mío, razón suficiente de quejarse de mi conducta. La simpática revista sigue llegando a mis manos con la misma fidelidad con que lo hacía cuando yo era más agradecido; y va a hacer un año que no pongo a una tarjeta la dirección de Gijón.

Era un sábado después de comer cuando se presenta un cristiano diciendo que a 50 lis (unos 30 kilómetros) estaba su abuela enferma de gravedad; después de pensarlo, mirarlo y remirarlo, resolví salir inmediatamente, administrar a la enferma aquella tarde, volver a dormir a un konsuo que tengo a 25 kilómetros y madrugando al día siguiente estar de vuelta para la misa del domingo. Para el desarrollo de este programa confiaba yo en mi mula, la más guapa de Anhwei. A dos kilómetros escasos de Ingshan estábamos ya de vuelta a las 7 de la mañana, cuando al pasar al trote un puentecillo o paso de agua formado con dos sillares irreprochablemente labrados, pegó un resbalón y ella se fué a la cuneta y yo no sé como me encontré andando a gatas sobre el camino a la parte acá del puente. ¿Lo vén Uds? un dominio perfecto del aterrizaje. Llego a casa, me siento a

confesar a mis cristianos, les digo la misa y aquí no ha pasado nada.

El segundo vuelo fué camino de Anking, a donde iba con el P. del Río, a hacer los ejercicios. Iba a pasar la mula un reguerito de nada, figúrense Uds. el del vertedero de una cocina; pero a ella se la antojó no sé qué abismo y pega un salto, que por no ser motivado me cogió desprevenido. Para completar la fiesta, a unos inofensivos pantalones colgados a secar en una ventana, les ocurre hacer un movimiento en aquel instante y la mula pega un bote lateral tan brusco que me quedé sin mula y vine al suelo de costado. El P. del Río se llevó el susto ache y yo el susto zeta; porque apenas podía respirar ni moverme. Me sentaron en una silla y se fué pasando la cosa. En resumen una descensión en vuelo vertical.

El tercer vuelo verdaderamente despampanante y que no puedo recordar sin impresionarme, tuvo lugar hace muy pocos días volviendo de Lenfang, a donde había ido acompañando al Sr. obispo. Unas ocho o diez veces había pasado a caballo ese puente y a caballo entré por él sin pizca de recelo. Al llegar casi al medio del puente, el miedo se apoderó de mi mula que baja la cabeza hasta casi tocar con el hocico en las traviesas del puente. Me hizo la impresión de que (se había desvanecido. Quise animarla suavemente pero inútil. Como el metro de anchura del puente no daba lugar a más maniobras, opté por dejarme llevar.

Presas de pavor comienza la mula a recular y sin que os jure me creeréis que desde luego me dí por estrellado en los pedruscos que sujetan los postes del puente. Había retrocedido con toda felicidad tramo y medio y cuando tenía yo en la punta de la lengua el «bendito sea Dios» creyéndome salvado del peligro, se la va una pata trasera, y catapún... caimos, ella de 3 y yo de 4 metros de altura, y el «bendito sea Dios» me salió mucho más sincero, y de más del fondo del alma.

Extrañados Uds. de que no me matara desearán saber cómo caí, qué sentí, cómo me encontré, cómo me levanté. No sé absolutamente más sino que cuando salía de debajo del puente llevando de las riendas la mula, ví venir desalados al catequista y al criado a ver lo que había quedado de nosotros. No se apuren, les dije, gracias a Dios, no ha sido nada. Efectivamente de nada no pasaba una raspadura que tenía la mula en una pata; pero que no la dolía lo más mínimo, a



China. —El P. González Olmedo con sus neófitos

juzgar por la prisa que tenía en llegar al establo.

La explicación de tan inesperado desenlace está en que durante la última riada, mi ángel y la brigada de ángeles custodios de mis cristiandades se entretuvieron en amontonar la arena suficiente en aquellos tres metros cuadrados donde habíamos de aterrizar. En las inmediaciones del puente, ni por el lado de arriba ni por el de abajo hay más arena.

A propósito de puentes chinos ahí les envío a Vds. esta postal de unos puentes muy en boga aquí, de quitar y poner propios para estos ríos de Ingshan, de una anchura increíble pero de cuatro dedos de agua en tiempo normal. Que ahora en primavera se le atufan las narices al río? se levantan los tablones y los soportes y a ver qué queda a la riada para llevarlo. Si ocurre que sobre esa mezquindad de puente van dos en opuestas direcciones, hay dos sistemas de ceder el paso; o ponerse en el tarugo sobrante del soporte o mojar-se las pantorrillas como hacen esos paganos al venir al europeo.

De modo que no se apuren por nosotros, que Dios tiene especial providencia de sus misioneros; como no es por nuestro gusto sino por servirle, él se encarga de nosotros. Y mas nada sino que se acuerden de mí en sus comuniones y oraciones.



China.—Puente sobre el río azul

Dieron para las Misiones

	<i>Pesetas</i>
Vicente Villar.....	6,40
Manuel Villar (santa Infancia).....	5,00
Juan Daviu, de una hucha.....	5,00
Juan Vada (venta de sellos).....	8,05
José Luis Carvajal, hucha..	6,00
Alejandro Blanco, hucha.....	5,00
Alfonso Trelles, hucha.....	2,15
Segunda división.....	68,00
TOTAL.....	105,60



China.—Iglesia y Seminario de los Padres Jesuitas en Zikawei

BRUSSELS

Es una de las más bellas ciudades europeas, que poco a poco ha ido recobrando la vida que tenía antes de la guerra. La población de la ciudad, es de 200.000 almas, y con sus agregados pasa de 750.000. En la ciudad baja se encuentra la gran plaza, estimada por la primera de Europa por su importancia y por la belleza que la dan los edificios góticos y del renacimiento que la rodean; descuellan entre estos el palacio real que ocupa el emplazamiento del de los antiguos duques de Brabante, después residencia de los virreyes españoles, incendiado en 1731.

Enfrente de él al otro lado de la plaza se eleva la casa consistorial, uno de los edificios más hermosos de los Países Bajos, formando un cuadrilátero irregular, con un patio en el centro. Comenzado el edificio en 1402 por J. van Thienen, decidióse en 1444 construir el ala O. En 1454 se terminó la torre que alcanza una altura de 89,70 m. y

está coronada por la estatua de San Miguel, patrono de la ciudad; desde su plataforma superior se divisan en tiempo claro algunos monumentos de la batalla de Waterloo.

La fachada está adornada con gran número de estatuas modernas que sustituyen las destruidas en 1793, y representan personajes célebres del país. En el patio se ven dos fuentes que simbolizan los ríos Escalda y Mosa. Junto a la sala del Consejo corre una galería, que contiene retratos de reyes pintados por Granger en 1718, entre los que se encuentran todos nuestros reyes de la casa de Austria desde Carlos V.

La biblioteca real, fundada en 1837 y organizada definitivamente en 1893, cuenta actualmente con unos 600.000 volúmenes impresos y 28.000 manuscritos; casi como la nacional de Madrid, que tiene 650.000 impresos y 30.000 manuscritos,

El palacio de Justicia, construido de



Bruselas. Plaza mayor; ayuntamiento, palacio y cooperativas



Bruselas.—Palacio de justicia

1866 a 1883 según los planos de Poelaert, tiene una superficie de 24.000 metros cuadrados; costó 45.000.000 de francos y es el edificio mayor construido en el siglo XIX, (depués del parlamento de Lóndres, que tiene 33.000 metros cuadrados de superficie) recordando por sus enormes masas de piedra las construcciones de Egipto y Asiria, mientras que por los pormenores tiene afinidades con el estilo clásico y barroco. Sobre el cuerpo principal del edificio formando terrazas, se eleva otra construcción cuadrada, rodeada de columnas, encima de ellas una rotonda de columnas con estatuas colosales y una cúpula relativamente pequeña, que se levanta a 122 m. de altura y desde la cual se descubre un espléndido panorama, que en días claros se extiende por un lado a Waterloo y por otro a Malinas y Amberes. En el interior hay 27 grandes salas entre ellas la de Pasos perdidos que tienen una superficie de 3.600 metros cuadrados y una altura de 85 metros, sirviendo tres de estas salas para sesiones solemnes. La fachada principal, flanqueada de dos cuerpos da frente a la calle de la Regencia. En el pórtico están las estatuas de Demóstenes, Licurgo, Cicerón y

Ulpiano: las alturas máximas del edificio son de 122 m. en la calle de los Mínimos y 104 sobre la plaza.

A pesar de su enorme masa y de los inmensos dispendios empleados en su construcción no corresponde a ellos el efecto de frialdad, pesadez y uniformidad que produce al espectador.

Carlos V. hizo a Bruselas capital de los Países Bajos y la dotó de todo el fausto de la corte. En 1556 la nobleza presentó sus quejas a Margarita de Parma, virreina del país y formó la liga de los *pordioseros*.

Poco tardó en comenzar la guerra de la que Bruselas fué el principal teatro de entonces, pero se sometió sin dificultad al Duque de Alba y en 1585 capituló ante el ejército de Alejandro Farnesio. No sufrió tanto en las guerras de los Países Bajos con España, como después bajo la invasión de los ejércitos franceses y austriacos de los siglos posteriores, y hasta que en el año 1830 fué proclamada capital de un reino independiente, cambió innumerables veces de dueño. Fué fundada a fines del siglo VI, y su nombre se deriva del flamenco *bruk-sel*, «castillo de los pantanos.»

Viático y primera comunión

Durante la terrible revolución francesa, en la que todos los nobles y religiosos tenían que vivir ocultos por miedo a los revolucionarios vivía oculta en una miserable bohardilla la condesa de X. Ella había visto perecer bajo la cuchilla de la guillotina a su esposo, padres y hermanos, y después había sido recogida por su antigua criada cuyo marido era carcelero de la revolución. La noble dama vivía con un niño de unos doce años hijo suyo el cual deseaba ardentemente hacer su primera comunión. Pero a causa de no encontrarse un sacerdote no podía el niño satisfacer sus deseos.

Durante aquel período terrible que terminó con la muerte de Robespierre, vivía la condesa expuesta a ser descubierta de un momento a otro, y como a otras muchas personas la llegó su turno, y fué conducida a la cárcel para ser guillotizada. Tenía el carcelero (esposo de la criada que había recogido a la condesa) un niño poco mas o menos de la edad del hijo de esta, quien de este modo pudo ver a menudo a su hijo, como si lo fuera del carcelero, y en estos ratos íbale preparando para su primera comunión. Trascurrían los días y se acercaba aquel en que se cumpliera la sentencia de pena de muerte que el tribunal de la revolución había dictado contra la condesa.

Por fin esta por medio del carcelero supo que allá en una oscura bohardilla iba a celebrar el sacrificio de la santa misa a media noche un sacerdote, y en medio de grandes dificultades y gracias a la influencia del carcelero logró el hijo de la condesa llegar a hablar con el sacerdote y le suplicó y rogó le diera dos formas consagradas. Al principio el sacerdote se negó, pero tanto suplicó el niño, que esa noche al decir misa

consagró otras dos formas que entregó a la mañana siguiente al niño. Este las llevó con gran respeto a la cárcel y la condesa colocó las sagradas hostias encima de un cántaro por todo altar, no había sitio más decente; y por sagrario la tapa del cántaro vuelta hacia arriba, y arrodillándose los dos delante de este mísero altar, después de orar brevemente, la condesa tomó una forma y comulgó a su hijo y después se comulgó a sí misma. ¡Oh qué cuadro tan magnífico! un Dios en una sucia cárcel, tan lejos del sagrario de alguna iglesia donde podía estar con mucho más lujo y riqueza, y a pesar de eso baja a esa cárcel llevado del mismo amor que le hizo encarnar en el seno de María Santísima y del mismo amor que le hizo morir en una cruz, viviendo en la pobreza y humildad, en que vivió. Hermosa comunión también que sirve de Viático a la madre y de primera comunión al hijo. Allí no hay las pompas con que en el mundo se celebra la primera comunión de los niños, no hay trajes hermosos, iglesia espléndidamente adornada, múltiples regalos, etc., sino todo pobreza. Y sin embargo cuánto más le agradarían al Señor estas dos comuniones que otras muchas hechas con mucho lujo exterior, y con poca o quizá ninguna preparación interior.

Después de tan hermoso acto la condesa dijo a su hijo: «Hijo mío, te dejo solo con Dios en el mundo. Apenas salgas a fuera, el demonio, mundo y la carne intentarán arrancártelo junto con la pureza e inocencia de tu alma, así pues ten mucho cuidado.....»

Su hijo, poco después de la revolución recobró todo lo que había perdido durante ella y siempre recordó su primera comunión emocionándose profundamente,

Florentino Martínez

Alumno de 4.º de bachillerato.

IMPORTANTE *Rogamos a todos nuestros socios y suscritores nos envíen minuciosamente las señas de su domicilio, y expresen con toda claridad el nombre y dos apellidos; datos imprescindibles para la buena marcha de la Asociación y su Revista.*

También nos atrevemos a recomendar la propaganda de Páginas Escolares entre toda suerte de personas, por ser Revista PROPIA mas no EXCLUSIVA de la Asociación de nuestros Alumnos, que ofrece en sus páginas abundante y variada materia de general interés.

SECCIÓN LITERARIA

ATILA

Novela inspirada en la vida del Colegio

Ya estamos en la plaza de la Constitución. Allí se encuentra, ya pronta a marchar, la diligencia de Francisco. En torno de ella vemos a D.^a Carolina con los parpados algo encarnados, denotando reciente lloro. Su esposo D. Rodolfo, encargado del rebaño de colegiales, se entretiene en tomar las últimas medidas y anda de un lado para otro dando órdenes, haciendo advertencias y recordando detalles.

El mayor Francisco nos miraba con cierta curiosidad y hasta se lanzó a darnos consejos paternales como el siguiente:

—¡A deprender, a deprender, chicos, sobre todo la doctrina que hacen falta Obispos!

—¿Sí?—replicó Rodríguez;— pues yo no pienso ser Obispo.

—Sí—añadió el mayoral—; tú desde que te caíste el bombín y distes en fumar emboquillaos, me parece que te hicistes algo anticlerical. ¡No sé, no sé el partido que sacarán de tí los flaires!

En estas y otras pláticas pasaron algunos minutos, y, puestas todas las cosas en su punto, arrancó la diligencia, dando tumbos por el arcaico empedrado de las calles de Villaclara.

Nada particular ocurrió en el camino hasta la capital de la provincia, donde nos alojamos en una fonda situada en el centro de la población.

Tan pronto como quedamos instalados, D. Rodolfo nos reunió a todos en su habitación para darnos las instrucciones de viaje.

—Ya sabeis—nos dijo—que venís encomendados a mi cuidado y vigilancia. Os recomiendo mucho la mayor formalidad y la mayor obediencia y moderación en todo. ¿Me lo prometeis?

—¡Sí, señor!—contestamos todos al unísono. Descuide, D. Rodolfo. ¡No faltaba más!

—Mañana a las diez iremos juntos a la estación, y, muy formalitos, haréis vuestro viaje como niños bien educados y finos. Supongo no me daréis ningún disgusto ¿Verdad?

—¿Disgustos? ¡Estaría bueno! Puede estar V tranquilo.

—Si alguna cosa necesitáis aquí en la población no teneis más que decírmelo y yo os facilitaré lo que sea preciso. ¿Os hace falta algo?

—Atila no hechó en saco roto lo del ofrecimiento de D. Rodolfo, y sin más preambulos exclamó:



COMILLAS.—Seminaristas de retórica que fueron discípulos del P. Agüero en 1920.



La banda del colegio de Carrión de los Condes, 1887.

—Yo quisiera, D. Rodolfo, que V. me diese dos duros.

—¿Dos duros nada menos? ¡Caramba, carambita! Y ¿para qué quiere el pollo los dos duros?

—Pues para llevar un regalo al P. Rector y otro al P. Espiritual. Quisiera comprar un cristo para cada uno de ellos.

—¡Hombre muchos cristos son esos! Además, me pides mucho dinero. Ya te contentarás con dos pesetas.

—Bueno, deme las dos pesetas. Tendré que comprar unos cristos más baratos, pero esos tal vez no den resultado, porque dicen que no les entra la bendición.

—En quien no entra la bendición es un tí; pero, en fin, toma dos pesetejas.

Y D. Rodolfo sacó el portamonedas y soltó los ocho reales, que Atila se apresuró a recoger.

—Bueno—exclamó D. Rodolfo.—Ahora podeis dar un paseito por ahí sin separaros mucho, y a las doce en punto estaréis todos reunidos en este mismo sitio.

Salimos todos de la fonda menos Hermógenes, que se quedó con su padre. Al poco tiempo de salir nos separamos del grupo Atila y yo.

—Entonces ¡qué!—le dije—. ¿Vas a comprar los cristos esos para el P. Rector y el P. Espiritual?

—¿Tu eres bobo?—replicó—; lo que les sobran a los Padres son cristos. Lo que voy a comprar son cuatro cajetillas de pitillos y una docena de cajas de cerillas. Hay que hacer provisiones, chico, porque el año es muy largo.

Y sin más, nos colamos en un estanquillo, del cual salimos provistos del combustible apetecido.

—Bueno—dije yo—repartiremos entre los dos como buenos hermanos ¿eh?

—Hombre: eso de repartir—añadió Atila—es cosa grave. Te daré un pitillo.

Le acepté, y, acto seguido, Atila encendió otro. No tardé sin embargo en conseguir que me cediese dos cajetillas, lo que sin duda hizo por temor a que le descubriese la mentira de lo de los Cristos. Chupamos de lo lindo y dimos unas cuantas vueltas por la ciudad. A las doce en punto estábamos otra vez al lado de D. Rodolfo.

Trascurrió la comida sin incidentes y por la tarde salimos a dar un paseo, acompañados de nuestro guardador. Visitamos la Catedral, los parques y museos, etc.

Al pasar junto al escaparate de una librería re-

ligiosa, nos detuvimos todos, eontemplando una bonita colección de estampas. Había también allí varias imágenes y crucifijos. D. Rodolfo al contemplar estos, le vino a la memoria lo de las dos pesetas de Atila y, sin más, dirigiéndose a éste exclamó:

—¡Hombre: a propósito! ¿Has comprado ya los Crucifijos?

Atila se vió entre la espada y la pared y casi sudaba ante el conflicto en que le ponía la pregunta de D. Rodolfo: pero, armándose de serenidad, acertó a contestar:

—¡Ah! ¿los Crucifijos, dice V.? Sí, señor, los he comprado en la librería de López y los dejé allí para ir a buscarlos luego.

—¡Caramba!—prorrumpió D. Rodolfo: —pues vamos contigo hasta la librería de López, a recoger esos encarguitos.

—No señor, no se moleste. No adelantaremos nada con ir ahora, porque he mandado que los llevasen a bendecir y hasta la noche no estarán despachados seguramente.

D. Rodolfo se sonrió con cierta sorna. Nosotros miramos unos para otros y nos reímos también. Atila nos echó una mirada de basilisco y todo quedó así por entonces.

Al día siguiente arrancaba nuestro tren para Castilla. Al salir éste de la estación saludábamos desde las ventanillas a todo vicho viviente, diciendo adiós con los pañuelos hasta a los guardagujas. La inquietud y el bullicio dentro de nuestro departamento eran superiores a toda ponderación: a cada instante cambiábamos de asiento, nos asomábamos a las ventanillas, dábamos vuelta a los almohadones, pedíamos agua, refrescos, etc. etc. D. Rodolfo se veía y se deseaba para imponer orden entre nosotros.

Cuando llegamos a Carrión eran las diez de la mañana. Estábamos entonces a fines de Setiembre, y la naturaleza enriquecía aún con sus galas la campiña, bañada por un Sol espléndido y vivificante. Las riberas del río Carrión aparecían cubiertas de follaje y las puntiagudas copas de los chopos se mecían lentamente a impulsos de una brisa blanda y juguetona que hacía temblar las menudas hojas de aquella arboleda espesa y uniforme.

El pueblo estaba entonces en plena feria. Algunas barracas se destacaban en las plazas, y la banda de música recorría las principales calles de la población. En una era, emplazada en las afueras se erguía la cónica cubrición de un circo portátil, en cuya portada se anunciaba «gran función» para aquella noche.

Recorrimos el pueblo en distintas direcciones e hicimos nuestros comentarios respecto a su urbanización y belleza, comparándole con Villaelara,

que, según nuestro parecer, estaba muy por encima del pueblo en que nos hallábamos.

De vez en cuando aparecía a nuestra vista la silueta del Colegio medio oculto entre el follaje de las alamedas; pero como para estar en él nos quedaba bastante tiempo, acordamos por unanimidad convencer a D. Rodolfo de que no debíamos ingresar hasta el día siguiente, y mientras tanto disfrutaríamos un poco de libertad y visitaríamos el circo.

La idea se consideró como buena; pero lo malo era convencer a D. Rodolfo. Nos pareció lo mejor fingirnos enfermos y así quedó convenido por unanimidad.

Don Rodolfo nos llamó a todos y con palabras suaves y convincentes nos indicó que no convenía retrasar la entrada en el Colegio. Una ola de tristeza nos invadió a todos los del convenio de marras.

—Con que, niños, ¿estamos dispuestos?

—Bueno—contestamos nosotros.—

D. Rodolfo nos pasó revista y notó que Mariano estaba algo descolorido. No había querido desayunarse, según decía él, y de vez en cuando se veía atacado de fuertes dolores de vientre.

—¡El melón de ayer noche! ¡No lo decía yo!—prorrumpió D. Rodolfo.

—Y yo—exclamó Rodríguez—tengo ganas de vomitar y mareos de cabeza.

—¿También tú?—prorrumpió Peñascal.

—Y yo, D. Rodolfo—añadió Atila—tengo un horrible dolor de muelas.

—Y a mí me duele un oído «por dentro»—agregué yo.—

D. Rodolfo se indignó al enterarse de nuestros padecimientos y dijo:

—Y ¿qué hago yo ahora con estos chicos? ¡Si ya estaba visto! El melón, los pitillos, las golosinas y demás excesos han sido la causa de esas dolencias.

—Lo mejor—exclamamos a una los cuatro dolientes—es que no entremos en el Colegio hasta mañana. Y probablemente esto nos pasará en descansando.

—¡No puede ser!—Insistió D. Rodolfo.—Mañana empieza el curso y no es cosa de que falteis hoy.

—Sí, es verdad—exclamó Atila.—Pero ya ve V. D. Rodolfo..... V. contrae una grave responsabilidad; nuestros padres nos entregaron a V. en buen estado y V. nos entrega en el Colegio en malas condiciones.

—Además—añadió Rodríguez; —así enfermos como estamos seguramente que no nos admiten en el Colegio. D. Toribio no admitía en el suyo a nadie que tuviese la más leve indisposición..... Una vez, porque yo tenía la lengua un poco sucia,

me mandó para casa inmediatamente. Y hoy con la lengua que tengo ¿quiere V. que entre en el Colegio? ¡Mire V.; mire V. qué lengua!

Y al mismo tiempo que Rodríguez decía esto sacaba la suya y se acercaba a D. Rodolfo para que la examinase.

—Si mi madre, prosiguió Rodríguez—supiese que me está doliendo la barriga, tengo la seguridad de que en el acto pondría un telegrama diciendo: «No ingrese niño Colegio mientras no desaparezca dolor».

D. Rodolfo, después de oírnos exclamó:

—¡Vaya, niños; basta ya de contemplaciones, y, con dolor de barriga, de muelas o de lo que sea, nos vamos al colegio derechos y allí resolveremos!

Fracasada la conspiración de las *dolencias*, tomamos todos el camino de San Zoil y no tardamos en llegar al espacioso portal que dá entrada al exconvento de Benedictinos.

D. Rodolfo apretó el botón de un timbre.

En aquel instante nuestros respectivos corazones eran otros tantos timbres que vibraban vertiginosamente.

Se abrió la puerta. El Hermano Villanueva con su peculiar sonrisa, inclinó con mansedumbre la cabeza y mientras que con una mano cerrada el portón, con la otra nos enseñaba la sala de espera. Pasamos sin detenernos a un amplio salón que se hallaba a mano derecha y no tardó en aparecer el P. Prefecto.

—¿A quien tengo el gusto de...?—dijo éste.

—Rodolfo Peñasca!—contestó el padre de Hermógenes;—vecino de Villaclara, padre de este chico y encargado de toda esta pandilla (señalándonos con la mano).

—¡Caramba, caramba; cuánto bueno por aquí (echándonos una mirada penetrante). ¿Y qué tal; cómo está V. D. Rodolfo? ¡Cuánto me alegro de conocerle! Ya tenía noticias de V. y de su granja de Villaclara y sobre todo de su hijo Hermógenes, de quien tengo tan buenas referencias. (*Hermógenes bajaba la cabeza y se sonreía*).

Nosotros teníamos la vista clavada en el Padre Prefecto. Atilano me picaba con el codo; yo picaba a Mariano y Mariano picaba a Rodríguez. D. Rodolfo sostenía animada conversación con el Padre y este, de vez en cuando nos penetraba con su mirada, haciéndonos bajar la vista.

Luego, encarándose con cada uno de nosotros, nos ponía la mano sobre la cabeza y bajando la

suya nos miraba sonriente a la cara como para reconocer nuestras *facciones*.

—Conque de Villaclara, ¿eh? bonito pueblo; le conozco, ¿venís con muchas ganas de estudiar?

—Hoy se han sentido algo mal—prorrumpió D. Rodolfo;—pero me parece que ya están mejor. ¿Verdad chicos?

—Sí, señor, ya estamos bien del todo.

—Y ¿cómo os llamais? Vamos a ver ¿cómo te llamas tú?—prorrumpió el Prefecto dirigiéndose a Atilano.

—Atilano Torrente—contestó éste

—Pero en Villaclara—agregó Rodríguez—le llamamos Atila.

—¡Caramba, caramba: eso de Atila me parece muy fuerte! ¿Tu sabes quien fué este señor?—insistió el Padre dirigiéndose a Torrente.

—Rey de los Hunnos, el Azote de Dios—replicó Rodríguez desde un rincón.

—Pero.... mire V. ¡qué oficioso se muestra es ¡caballerito!—exclamó el Prefecto. Y a ti ¿cómo te llaman?

—A mí nada porque no he merecido ningún mote—Respondió Rodríguez.

—¡No haga V. caso, Padre—gritó Atilano.—A este le llaman Sarasa.

El P. Prefecto y D. Rodolfo, sentados en el ángulo de la sala, sostenían animada conversación y mientras tanto, nosotros hacíamos como que mirábamos las pinturas al fresco que adornaban el abovedado techo de la

sala.

—Oye, Atila—exclamé yo muy por lo bajo;—ten mucho cuidado con los pitillos, porque me parece que este Padre debe tener un olfato muy fino. Me parece que es de los que caza a las moscas al vuelo.

—Palpa aquí—me contestó Atila en el mismo tono y mostrándome el forro de su chaqueta—. Aquí entre el paño y el forro vá el contrabando.

El Prefecto y D. Rodolfo suspendieron su conversación y dirigiéndose a nosotros fué este haciendo en voz alta al P. Prefecto algunas consideraciones a cerca de nuestra respectiva genealogía.

—Este (*señalando a Atila*) es hijo de D. Antonio Torrente, jefe del partido liberal de Villaclara y acérrimo adversario de D. Isidro, el cual es padre de este niño (*aludiendo a Rodríguez*). Militan en campos contrarios ¿sabe V.? y ya desde tiempos antiguos viene esta enemistad. ¡Es una lástima! Ambos son buenas personas; pero... la política... ¡ya ve V.!



D. Jesús García Robés, autor de la novela escolar ATILA.

LA CATEDRAL DE BURGOS

El 20 de Julio de 1921 se celebraba con grandes fiestas en Burgos el sétimo centenario de la colocación de la primera piedra de su famosa catedral. Acaso no hay en España edificio tan suntuoso ni tan celebrado ni tan conocido dentro y fuera de la nación como la construcción burgalesa. ¿A qué debe su reputación? No seguramente a sus dimensiones, que para edificios de su clase son bien modestas; puesto que si se prescinde de las capillas que no entraban en el plan primitivo, y se han ido adhiriendo a la catedral conforme el gusto y los donativos lo iban pidiendo en épocas posteriores, la capacidad de sus naves es aún menor que la de su rival de León, con ser esta ya de reducidas proporciones.

La que nos ocupa es 85 m. de larga, 23 de ancha y 26 de alta en su interior. La nave transversal, la más espaciosa, tiene 12 metros de anchura por 60 de largo, y la linterna del crucero eleva su clave a 50 metros sobre el pavimento. Parece ser que las agujas de la fachada cuando remataban en estatuas llega-

ban a las 100 varas de altura (83,30 m.). El año 1749 desmontó Narciso Cortés la de San Pablo que amenazaba ruina, y la estatua de San Pedro de la otra torre desapareció poco después.

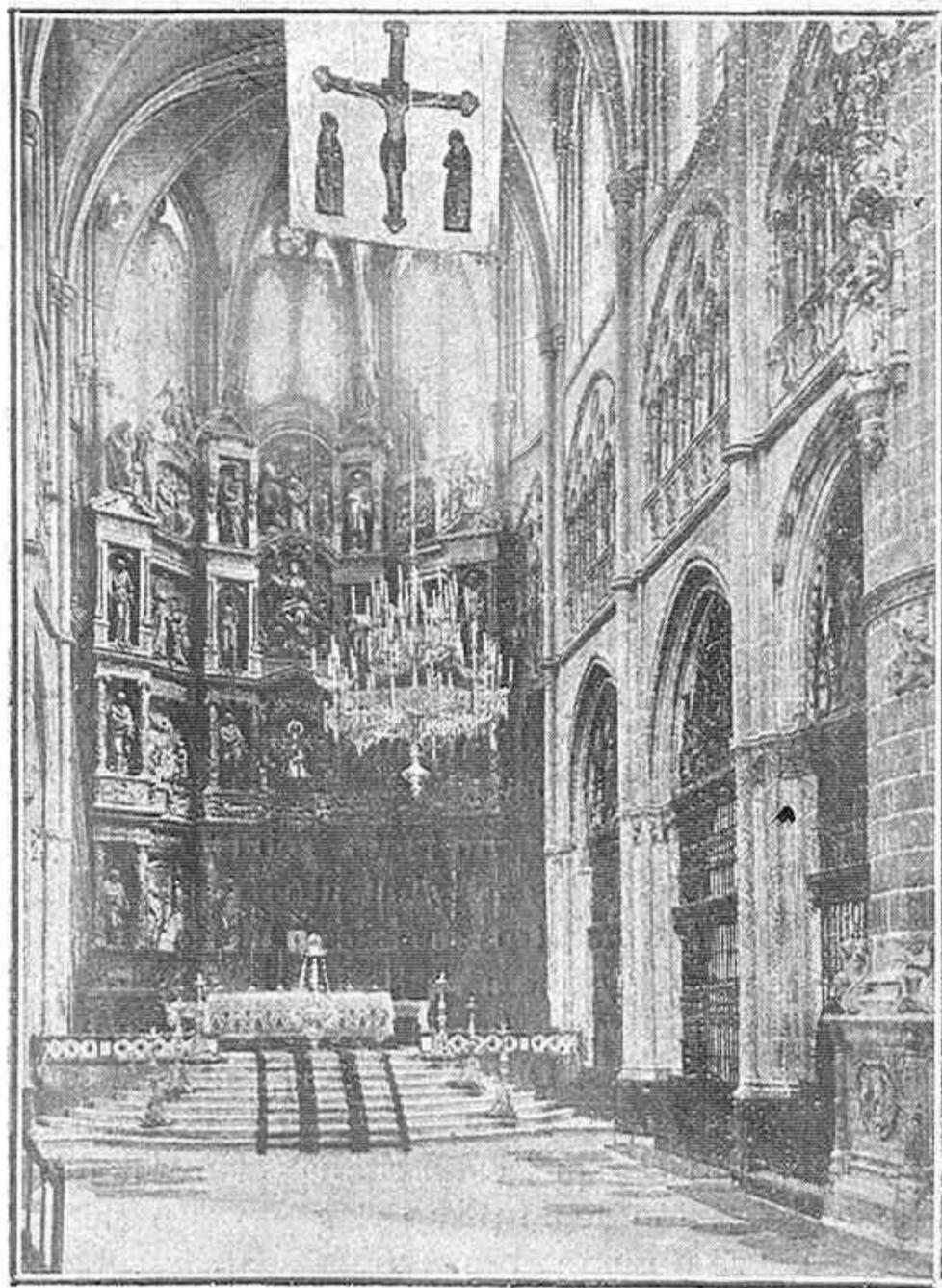
No ha necesitado aún la de Burgos una restauración de la importancia de otras catedrales de su época, ni han sido tan considerables los destrozos que el trascurso del tiempo y el bandolerismo de los hombres produjeran en las construcciones medioevales. Son con todo de consideración los desperfectos que ésta ha tenido que sufrir, desde que los Colonias la dieron por concluída.

Haciendo caso omiso del derrumbamiento del antiguo cimborrio del crucero con lo que el edificio salió ganando si no en unidad al menos en suutuosidad, y de las adiciones de tantas capillas de distinta época y estilo, que han trasformado, siquiera accidentalmente la planta, y convertido la fábrica del maestro Enrique en un museo de arquitectura de todas las edades, y en pugilato de suntuosidad y magnificencia de próceres y prelados, que diría Lamperez; los siglos XVIII y XIX dejaron lamentables marcas de su paso: el primero

suprimiendo lastimosamente todos los adornos del cuerpo inferior de la fachada, incluso las archivoltas de las abocinadas puertas, en las que aparece el triángulo clásico; sin perdonar la fachada de Sarmental, sobre cuya puerta, tan original en su concepción, y acabada en sus esculturas, que halló réplica en Sasamón, se destaca liso un enorme lienzo del muro correspondiente al triforio.

Las guerras civiles y revoluciones del siglo XIX dieron frecuentes ocasiones a la rapacidad privada y oficial de entrar a saco en los edificios eclesiásticos, del que no se libró nuestra catedral, testigo de la trágica muerte del gobernador de Burgos que en 1869 regó con su sangre las gradas de la puerta de Sarmental, cuando trataba de colmar con un despojo inícuo el celo de los burgaleses por su monumento. Las antiguas vidrieras desaparecieron el 14 de julio de 1813, cuando los franceses de vencida, al evacuar la ciudad volaban el castillo, viniendo al suelo con estrépito los cristales de todos los edificios.

Pertenece la catedral, considerada en su construcción y plan primero al período gótico en el tiempo de su mayor pureza. En la iglesia de las Huelgas de la misma ciudad halló el primer ensayo del



Burgos. —La capilla mayor de la catedral

estilo' que se habla de emprender en su fábrica, 'estilo que por entonces se ejecutaba con tanto éxito en las iglesias de la Isla de Francia. Por el mismo tiempo se edificaban las famosas de Amiens, Reims, Ruan y tantas otras, a las que siguieron, enseguida de la de Burgos, las de Toledo y León, ya que de esta última acaso no se conserve nada anterior al 1250.

Sin duda que los primeros arquitectos llamados a realizar la idea del obispo Mauricio habían visitado París y Bourges, de las que dejaron reminiscencias en nuestra catedral; de la primera en la fachada; en el triforio y arranque alto de las bóvedas de la segunda. Estas son sexpartitas, pero no al modo de Sens, París y Bourges, por los tres arcos diagonales, sino por el nervio del espinazo, característico de la de Burgos. Dicho se está que las cuatro bóvedas que rodean la linterna central y vinieron abajo con el antiguo cimborrio, al ser levantadas de nuevo por Vallejo a mediados del siglo XVI, rindieron tributo a su época y son como la central del crucero rabiosamente estrelladas con perjuicio de la armonía del conjunto.

Entre todos los demás de la catedral y atrayendo poderosamente la vista del visitante, se destacan sobre base poligonal casi cilíndrica los cuatro redondos machones del crucero, adornados con ligeras estrías, mezquina reminiscencia del airoso baquetón de otros tiempos. Elevándose a considerable altura apean los cuatro arcos torales, con otras tantas pechinas sobre que descansa la incomparable linterna, con aquella cúpula sin igual, que en frase de Amador de los Ríos, parece más que bordada, hecha como las techumbres de la alhambra, de congelada espuma. Ninguna de las catedrales normandas, cuya nota característica es la indispensable linterna central, puede ostentar algo parecido a aquel atrevimiento arquitectónico, que eclipsa a los cruceros de Cutances y Ruán.

Con ser de la escuela plateresca, y dentro de ella el primer monumento de España, levantado en medio de una fábrica completamente gótica; con no tener todo él desde la base de los pilares hasta la clave ni un elemento ni quizá una línea que no pertenezca por completo al estilo del renacimiento, no solamente no desdice del resto de la iglesia, sino que parece naturalmente destinado a aquel puesto, sin que desentonen sus arcos de medio punto y sus caladas y airoosas tribunas con el pilar y la bóveda ojival que se levanta a su lado. Y es que si en los detalles es del re-

nacimiento, en la distribución del conjunto pertenece al dominio del gótico, que se resiste a desaparecer.

Cuando su bóveda calada, en vez de estar como en la actualidad cubierta por un sencillo tejado, quede mediante vidrieras de colores trasparente a los rayos del sol, se convertirá en una gigantesca claraboya, que iluminando el riquísimo e inmenso fanal de la linterna con sus relieves y tribunas, aparecerá al espectador, que atónito la contemple desde abajo, convertida en una especie de torre mágica y encantada.

Tal como aparece el interior de la catedral, según la hemos descrito, no presenta sin embargo aquella magestuosa calma y sublimidad de la de Toledo, ni menos la sensación de unidad y belleza de la de León: las bóvedas quedan algo rebajadas, el triforio aunque original es más pesado que esbelto, los altos ventanales ostentan una tracería sencilla, las paredes y soportes exteriores parecen excesivos para las modestas proporciones de la nave mayor, cuya estructura no aparece al exterior tan definida ni mucho menos tan elegante como la de León.

Esta diferencia entre las dos es aún mas marcada en la parte del ábside; aéreo este en la leonesa y aislado, haciendo ostentación de sus múltiples galerías de paso, de las esbeltas capillas absidales y ligeros arbotantes; oculto el burgalés tras las añadiduras posteriores, que parecen ayudar a los robustos estribos contra el escaso empuje de la nave mayor.

Por lo demás la disposición de la catedral es la general en las iglesias episcopales del siglo XII; planta de cruz latina con tres naves en el brazo mayor y una que las cruza, con dos capillas en los extremos; las naves laterales dan la vuelta a la capilla mayor para formar la girola; alrededor de la cual y posteriormente en los costados se abren numerosas capillas, y completa el conjunto un claustro de doble piso, a un lado de la cabecera, reputado por el primero de España.

El estilo es un tanto robusto y arcáico, que huye de los atrevimientos a que se entregaban los maestros de otras fábricas contemporáneas, y que no sabe lanzarse a los espacios sino con la fianza de potentes muros y contrafuertes. Difiere pues bastante de su contemporánea leonesa.

Diríase que esta confía el resultado a la realización de un plano elegante y perfecto en que se obtiene el máximo de capacidad y belleza con el mínimo de materia y de trabajo, y no se avergüenza de presentar sus columnas

exentas de otro adorno que no sea el baquetón, sus bóvedas sencillas de dos arcos diagonales, sus grandes ventanales y vanos, único adorno de un muro imaginario, en frente de los muchos aditamientos y curiosidades de muy distinta índole y época con que aparece adornada la catedral burgalesa, menos admirable y científica en el alzado y planta de sus naves, pero que triunfa también de la materia inerte en otras partes del edificio a expensas de la unidad y armonía, y también del tiempo del trabajo y de la suntuosidad.

Cierto que presenta ésta un número incontable de parciales bellezas, de trabajos, estatuas, relieves, todos acabados, estén o no destinados a quedar al alcance de la vista del curioso o acaso a subir una altura donde pasen

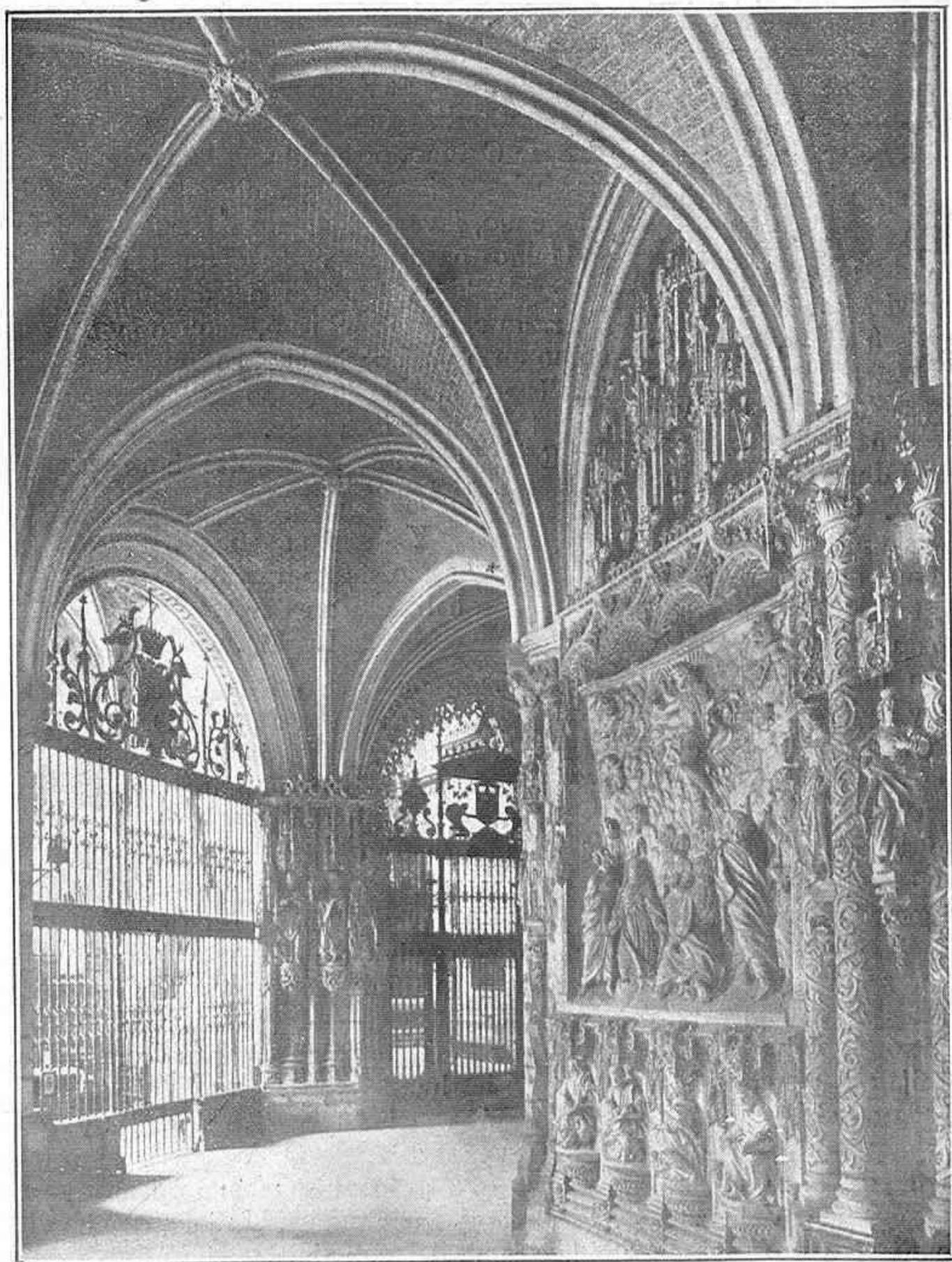
inadvertidos; pero todo ese conjunto no consigue plenamente su efecto sino en el exterior, donde aparece la catedral vestida con tan ricas galas, que más que monumento de piedra parece un finísimo y gigantesco capricho de encaje, ejecutado y sostenido en el aire por manos invisibles.

Tal efecto, no previsto seguramente por los arquitectos, que en el último siglo de la fábrica fueron completándola sin arreglo a un plan común, es debido al movimiento de sus relieves, al contraste de claro oscuro de sus calados y vanos, a la gradación de sus tres cuerpos coronados de remates góticos; la fachada, el crucero y la capilla del Condestable. El gótico decadente, apartándose de la sobriedad seguida en los siglos XIII y XIV, en que

todo elemento decorativo tiene su razón constructiva a la vez; y buscando en las agujas y cubiertas caladas y en las complicadas tracerías las fastuosidades que le valieron el nombre de gótico florido, dió a la catedral de Burgos el aspecto fantástico que ofrecen no precisamente sus naves, sino partes del edificio menos esenciales, como la fachada, el crucero y la capilla posterior.

Por eso al primer aspecto da de sí todo cuanto es y aun algo más; por eso y por ser la ciudad paso obligado al viajero es de todos conocida, sin que necesite la recomendación y propaganda de otras maravillas arquitectónicas de España, acaso superiores a esta y seguramente menos conocidas.

V. Infante.



Burgos.—Girola y trasaltar de la catedral

ASÍ MURIÓ EL LEÓN

Por primera vez, Valenzuela va a guiar a los legionarios al combate. Pasa revista a las Banderas y el Tercio marcha a Tafersit.

En el aire se cierne el drama. La situación es tan crítica como lo fué en los días precedentes al desastre de Julio. La harca benhuriaguél poderosa y altiva, cercó a Tizzi-Assa.

El teniente coronel de los ojos grises y fríos como el acero, arenga a sus legionarios:— ¡Caballeros legionarios!—clama—los héroes que vencísteis en Magán y Tazarut, en Nador y Anvor, la gloria pródiga os brinda sus favores llamándoos de nuevo al combate.

Descienden las fuerzas a la llanura. Allá en la lejanía está Tizzi-Assa que se envuelve en una cimera de humo que rompen los relámpagos del cañón. Se internan en el valle, reina un silencio pavoroso. No se oye ni un rumor ni un disparo. La mudez de los fusiles rifeños desconciertan a los que esperaban una ruda resistencia.

Y con asombro suben una montaña. No se ve un enemigo. Allá se divisa a Tizzi-Assa. Tras la montaña hay un desfiladero, cubierto por espesos matorrales. Frontera hay una montaña cortada a pico. Valenzuela ha creído ver una chilaba cruzar de una peña a otra. La aparición ha sido tan veloz que duda y teme que le hayan engañado sus ojos. Una sección se destaca para explorar el camino y llega a la mitad de la ladera. Resuena una descarga y caen muertos a bocajarro todos que la componían. Avanza la Legión para vengar a los compañeros. Ya en el valle un fuego vivísimo la diezma. No se ve a nadie y se oyen los gritos de guerra de los rifeños, Un terror supersticioso invade las almas de los veteranos encanecidos en los combates. Creen que no los combaten seres de carne y hueso, sino espíritus o sombras. ¿Se levantarán los espectros de sus tumbas para aniquilar al guerrero cristiano y español?...

Julio Eyaralar, un alférez que guió a los legionarios en cien combates, recibe un balazo en el pecho. Mira la dirección que ha seguido el proyectil y sus ojos se fijan en la muralla de peñas que forma el desfiladero y ve una nube de humo.

— ¡Mi teniente coronel! — grita — ¡allí están! ¡Adelante legionarios! — prorrumpe Valenzuela — que son hombres, hombres que os temen porque se esconden. Y desenvainando el sable y esgrimiendo la pistola, se pone a la cabeza y

corre hacia el sitio desde donde parten los tiros.

Un balazo en el pecho le hace caer. Se levanta y vuelve al al asalto. Apartando con su espada las ramas de los árboles ve la atrincherada entrada de una cueva, desde donde sale una lluvia de balas. Está sólo, los legionarios no han podido seguirle en su carrera y distan un centenar de pasos.

El héroe alza el sable y lo descarga sobre los moros que defienden el parapeto. Los rifeños descargan sobre él sus armas; Valenzuela rueda por la pendiente. Se alza sobre las rodillas y grita: ¡¡¡ Viva España!!! Una descarga lo remata. ¡Así murió el león!...

¡El ejemplo del jefe electrizó a los legionarios! El alférez Sendra con un grupo de bravos, marcha por su cadáver y sobre el jefe amado muere; Chang Len, el pintor japonés; Harmand Saville, el poeta americano; Frennd Seipolo, el caudillo albanés; Felipe López, un madrileño que usa barbas de pirata tiene rota una pierna; Franco Ortuño, es herido en la cabeza por varias balas y sin embargo, el valenciano rubio e ingénuo, levanta el cuerpo inerte del jefe y y da unos pasos con él, hasta que la pérdida de sangre le hace caer sin desmayado. Eulogio Cruz, un corneta sevillano, pequeño y panzudo como un prosaico Sancho, se porta como un idealista Quijote cubriendo con su cuerpo el oficial que ha sido herido.

En el aire vibran las notas homéricas del himno de la Legión:

Y antes que abandonar
a uno sin compasión
había de quedar
entera la Legión.

Al mágico conjunto de sus viriles estrofas, la legión avanza como un alud. Destrozan las alambradas que les cierran el paso y llegan a las cuevas do el enemigo combate a mansalva. Los rifeños, que saben que si no vencen serán muertos en sus refugios sin salida, se baten a la desesperada.

Y los cadáveres y heridos cubren el suelo, pero los sobrevivientes no se arredran y saltando a las fortificaciones se entabla una fiera contienda.

Conrado Gimeno, un mejicano que fué capitán en las huestes de Pancho Villa, el jaguar de la Pampa mejicana y que es audaz y galanamente señoril como D, Artagnan el mosquetero, arenga a los hispanoamericanos y con ellos expugna una cueva. Un jefe, que ha visto el heroísmo del suboficial mejicano se arranca una cruz de su pecho y la prende en el del paladín sin miedo y sin tacha.



El teniente coronel Valenzuela

Miguel Valverde, Teodoro Pita de la Vega y Venancio Martín, jóvenes aventureros que pertenecen a las más distinguidas familias de la Corte, al frente de un grupo de bravos atacan una cueva que se interna en la montaña. Entre las sombras que rasgan los fogonazos de los disparos, pelean denodadamente. Allí cae herido Borges el monárquico, portugués leal y caballeresco; Paco Molina, el granadino sentimental, estrangula a un rifeño con sus brazos de hierro; Agapito Salobral, mata a estocadas a un broncíneo etiope. Un disparo incendia un barril de pólvora y los muros de la cueva se cuartejan y amenazan desplomarse sobre los combatientes. Se oyen gritos de triunfo y lamentos de agonía y los legionarios salen lívidos y cubiertos de enemiga sangre.

El capitán Cánovas, un muchacho malagueño arroja una granada de mano y hace saltar un reducto rifeño. Demetrio Caride, un ex-piloto de la armada argentina; Campoy el temerario, Ismael Calvo, el sabio matemático; Baües Bernhard, el austriaco veterano de la guerra europea; Karl Langer alemán arrogante que es ingeniero; Jansen, el ballenero holandés; el cabo Gil; el héroe de Magán, Tomás Torrens, un catalán de cabellos de estopa y alma inquieta; Manuel Franco, un sevillano chiquitín y cascarrabia; Jean Georges, el francés taciturno; Emilio Delgado, el que bajo la nieve de sus cabellos guarda un corazón infantil: son todos gloriosamente heridos.

¡Un empuje de titan! y se pulveriza la resistencia enemiga y los legionarios llegan a la cúspide del tajo fatídico.

Los rifeños que han podido salvarse huyen a la desbandada. Burrahai, un hermano del famoso bandolero, hace honor a su raza muriendo como un bravo. Sus huestes le han abandonado y queda sólo defendiendo una trinchera. Agota los proyectiles de su Lebel y avanza contra nuestros soldados arrojando piedras hasta que lo matan.

Cesa el combate. Algún «paco» aislado se escucha en lontananza. El convoy llega a Tizzi Assa y las banderas españolas tremolan en sus muros, ondeando orgullosas sus franjas rojas y gualdas.

Francisco Elster de la Huerta.

EL LEGIONARIO

Pidió marchar al campo de batalla,
ansioso cruza la revuelta mar;
entra en combate; silba la metralla,
que lanza el moro del vecino aduar.

Sigue animoso en pos de la bandera
que izara España en el adusto Rif,
y se ganó una cruz la vez primera
que entró en campaña, tras sanguienta lid.

¡Qué hermoso es ver al fuerte legionario
en el brazo el fusil, ojo avizor
y sobre el pecho el santo escapulario
cual santo escudo al proyectil traïdor,

solo avanzar por la africana orilla,
que el Atlas corta, y que refresca el Ter,
defendiendo las glorias de Castilla
contra las asechanzas del infiel!

Allá divisa al moro, cuya lanza
brilla a los rayos del ardiente sol,
y el legionario, sin cesar avanza,
seguido del ejército español.

Juró ser el primero en la campaña,
luchando por su patria y por su Dios.
Es su grito de guerra «Viva España»;
su lema es «ir de la bandera en pos».

Tan sólo alguna vez cuando el encanto
y la dicha recuerda del hogar,
sus tristes ojos humedece el llanto,
que el fuerte pecho inunda de pesar.

Un día, triste día, en paso estrecho
se ve cercado de enemigos mil;
siente que el plomo le desgarrá el pecho.
y cae de sus manos el fusil.

Anima con esfuerzo sobrehumano
a sus huestes que empiezan a cejar;
dirige a España su convulsa mano,
su vista al cielo y se le ve expirar.

Avilés, agosto de 1923.

Luis Cuesta,
antiguo alumno de Gijón.

BIBLIOGRAFÍA

- 40.—**Colección Princesa.**—Tomo IV. *Amor que todo lo vence*, por Juan Bréte; trad. de la 26 edic. francesa por Felipe Villaverde. —E. Subirana, 1923, en rústica 4 pesetas, con vistosa cubierta en colores.

El argumento no puede ser más interesante. Bernardo Cebrone, médico eminente ve a su prometida Gertrudis Deplemont en manos de la justicia, por sospechas de asesinato, en la persona de un tío suyo, cuyo testamento la hacía heredera de cuantiosa fortuna. Todos los incidentes del crimen por un conjunto fatal de circunstancias la hacen cómplice de él, los tribunales proceden conforme a lo que aquellas parecen probar y solo Cebrone, que por cierta intuición inesplicable la supone inocente se desespera sin poder alegar justificación alguna.

Entonces entra en escena Aubrun, agente de policía, que trata de dar con la pista del verdadero criminal; después de una serie de curiosos incidentes, el ingenioso Aubrun, consigue tener en sus manos una prueba convincente de que la verdadera asesina es Sofía Brión, antigua ama de llaves de la víctima, y sirvienta entonces del agente de policía que disimuladamente la tomó a su servicio. Deplemont, puesta en libertad conserva siempre la misma dignidad y resignación y perdona de corazón a aquella mujer criminal, causa de sus sufrimientos.

- 41.—Tomo V. **Los terrores de Lady Susana**, por Clara de Chandeneux.

Lady Susana, condesa de Aringdale es objeto del odio reconcentrado de su hijastra, Harriet que se esfuerza inutilmente en hallar la clave del proceder inexplicable de Susana en buscar el retiro de Chenocé y prohibirla a ella la lectura de periódicos ingleses. Los sufrimientos de la madrastra van en aumento a medida que crecen los celos y la insolencia de Harriet, y llega un día en que se hace imposible seguir guardando el secreto de tantos misterios. Susana por fin la pone al tanto de todos, pero son tales que más la hubiera valido ignorarlos. El heroísmo y resignación de Susana aparece entonces con toda su magnitud, haciendo contraste sus sacrificios con la ingratitud hasta entonces observada por su hijastra. Esta cambia desde entonces de conducta, pero la revelación imprime nueva ruta en la vida de todas las personas que intervienen.

Nada hay en esta novela de los episodios idílicos de Ruinas en Flor, de la misma colec-

ción, que a veces parece sueño de hadas; aquí una vez que la autora se decide a dar la clave de los sufrimientos de Susana, síguese una serie de escenas atrozmente interesantes, de afectos violentísimos que van cediendo a medida que los diversos personajes se alejan de aquellos episodios, hasta que por fin la novela termina plácidamente dando a la protagonista el premio de tan prolongado martirio.

Tanto esta como la novela anterior pueden ponerse inofensivamente en manos de cualquier aficionado a esta clase de lecturas, que podrá aprender en ellas la magnanimidad en el sufrimiento y el recto proceder en espera de que Dios premiará por fin la inocencia y el sacrificio.

- 42.—**Nuevo método para aprender el latín**, por el doctor Hermann Schnitzler.—3.^a edición.—en 8.^o — VIII y 224 páginas.—Encuadernado ptas. 4,30. Herder, Friburgo de Brisgovia.

Tiene esta casa publicada una bonita colección de 8 textos castellanos para la instrucción escolar; del de Química y Literatura catellana dimos cuenta en el número anterior, por el mismo estilo y para el mismo fin son los métodos Schnitzler para el estudio de las lenguas; para el inglés, el francés, el alemán y el latín, que forman otros tantos tomos de unas 250 páginas cada uno.

El del latín que ahora reseñamos consta de tres partes bien distintas; la 1.^a es propiamente la gramática en 126 páginas, que graduada y claramente como pocas veces he visto, imbuye insensiblemente al más reacio en la lengua latina; con la analogía va compenetrado lo más sustancial de la sintaxis, y todo ello con abundancia de ejercicios y ejemplos. La 2.^a parte son trozos sencillos de traducción, sacados de autores clásicos. La 3.^a que facilita notablemente el manejo del libro la llena el palabrero o diccionario.

- 43.—**Idris y Tadrís**, drama de misiones en dos actos, en prosa, por Isidro Bover pbro. Una peseta.—Galería dramática del Correo I. Josefino, colegio de S. José, Tortosa (Tarragona).

El argumento de esta nueva pieza teatral del Correo I. Josefino se desarrolla en un país imaginario de misiones. Un misionero católico, el P. Pablo, por medio de un acto de generosa abnegación, consigue reconciliar y convertir a dos tribus secularmente enemistadas, entre las cuales ejerce su ministerio. Están muy bien trazados los personajes, que se mueven y hablan con naturalidad, y abundan en escenas conmovedoras.

V. A.



FARMACIA Y DROGUERIA

DE

J. Escalera Blanco

(Casa fundada en 1873)

GIJÓN

Teléfono 145 — San Bernardo, 47

✈ **Doctor, Esteban González Diez** ✈

ESPECIALISTA

GARGANTA—NARIZ—OIDOS Y RADIOLOGÍA

Laringoscopia directa.—Bronquio.—Esofagoscopia.

Radium.—Rayos X.—Tiefenterapia diatermia.—Baños de luz y otros medios físicos.

Horas de consulta, de 9 a 11

Gumersindo Azcárate 4.—GIJÓN

Ultramarinos y Coloniales

— DE —

EVARISTO FERNANDEZ

Especialidad en artículos extranjeros y del país.—Vinos y licores de todas las marcas

San Bernardo 76, Jovellanos.—Teléfono 15

GIJÓN

Librería, Papelería y Objetos de Escritorio

C. FERNANDEZ SUCESOR DE SANGENÍS

Trabajos de imprenta de todas clases

servidos rápidamente.

Corrida, núm. 63

GIJÓN

Teléfono, núm. 372



PAPEL
DE
FUMAR

BAMBÚ